

CESÁR ROMERO

NUNCA ACABA
SEPTIEMBRE



Libros Canto y Cuento

se ve y de tan lejano parece como si nunca fuera a llegar. Ahora había manifestado su verdadera voluntad: Aquí quiero que me traigáis también a mí.

NO SÉ muy bien por qué empecé a escribir este libro. Ni siquiera, cuando comencé, sabía si iba a ser un texto corto o largo, si al final iba a tener este tamaño, similar al de eso que los franceses y los pedantes, que no siempre coinciden, llaman *nouvelle*, si iba a llegar a algún sitio, me quedaría a la deriva tras unas primeras jornadas intensas y prometedoras o encallaría en cualquier momento, como tantas veces. Cuando, durante el velatorio, el barbero, y amigo y paisano, de mi padre Antonio Castillo, muy aficionado a la lectura y uno de los pocos lectores que me siguen, tras contarme cómo fue su última visita al apartamento de mis padres para cortarle el pelo unas semanas antes, señalando con su ojo avizor cuanto nos rodeaba me dijo A ver cuándo escribes sobre esto, pensé que nunca lo haría, que no escribiría sobre algo

tan íntimo, una vivencia común para la mayoría de los hombres y sin embargo tan personal. No sé si me ha ayudado a superar el pudor la presencia de dos libros recientes, *Tiempo de vida* de Marcos Giralt Torrente y *La hora violeta* de Sergio del Molino, dos magníficas obras de la llamada literatura del dolor, dos libros de buena literatura, a secas, sin clasificaciones. No sé si hay una moda, o un apogeo, en la literatura española de ese tipo de obras. Si es así no me interesa, nunca me he movido por modas, ni perseguido las olas propicias, sólo me interesa la literatura. Sin más. Sé que llevaba un tiempo sin escribir y un buen día, hace poco, me puse a escribir esto. Lo he hecho con urgencia, casi atropellado, algo raro, pues suelo escribir con bastante lentitud, casi a paso de cangrejo. Los dedos han volado sobre el teclado del ordenador, en cierto modo parecía un mecanógrafo transcribiendo el texto dictado por alguien a toda marcha, sin descanso. Apenas si he parado para releer la última frase escrita o he vuelto atrás para salvar alguna incongruencia; apenas si he parado para pensar qué contar, por dónde seguir, qué callar. Julián Marías hablaba de los libros escritos en un solo movimiento mental,

usa mucha esa expresión para referirse a obras escritas casi de un tirón, de una sentada, pero no por ello inarticuladas o fragmentarias, faltas de su coherencia interna, sistemática. Uno, que siempre ha leído con escepticismo o incredulidad, con un tanto de ironía, las pomposas declaraciones de esos escritores que dicen escribir por «necesidad», y desconfiaba de los textos defendidos bajo ese argumento, por primera vez ha sentido la necesidad de escribir algo, no el interés por un asunto o las ganas o la misteriosa llamada de una historia que te hace dudar pero a la vez avanzar, ir dándole forma, sino una especie de necesidad de contar la enfermedad y la muerte de mi padre. No ha habido, como en las demás ocasiones, diversión en el puro acto de escribir, que hace enfilarse el final de la historia con pena porque el placer se vaya acabando, sino una especie de deber impuesto a uno mismo: no disfrutaba mientras he escrito pero al llegar a este punto siento una satisfacción rara, novedosa. Un disfrute al acabar, por hacerlo, no mientras lo hacía. Como si estuviera colmando una necesidad corporal, más carnal que espiritual, aunque por la materia tal vez debiera ser, o al menos parecerlo, al revés, más biográfica que

biológica. Quizá sólo sea la necesidad de contar, la pura necesidad de contar esta historia, más que para superar o asumir el duelo para revivirlo contándolo, y descubrir o ver cosas que sólo narrándolas se ven o descubren, y en cierto modo, con la modestia con que la ficción puede hacerlo pero de la que sólo ella es capaz, prolongar durante la escritura, y la improbable pero infinita lectura de este libro, la ya acabada vida de mi padre.

Durante sus últimos meses mi padre siempre andaba animándome a escribir. Me veía desanimado, desencantado tras el enésimo rechazo editorial de un libro con el que estaba algo más satisfecho. Escribe, no te desanimas, escribe, me decía. Yo no entiendo mucho, no sé casi nada de literatura, pero tú no lo haces mal, enganchas, vales para esto, y algún día tiene que sonar la flauta. Escribe, no te desanimas, escribe. Mi padre tenía pocos estudios, dejó la escuela con trece años (aunque en su época, con esa edad los chavales tenían mejor formación que muchos universitarios de hoy en día). Luego, mientras trabajaba, se hizo perito mercantil, pero no era hombre de libros, no tenía muchas lecturas, en

mi casa había pocos libros. Eso sí, tenía mucha experiencia de la vida y sabía adelantarse a los hechos y tenía una rara sabiduría acerca de lo que es este mundo y sus gentes, en ese aspecto sí era un hombre culto, bastante culto. Y por eso, y porque le preguntaba su parecer, se atrevía a opinar sobre mis escritos. Y casi siempre acertaba. Si le pasaba un libro mío solía señalarme los mismos defectos, las posibles virtudes que yo intuía o sabía, aunque no me los hubiera formulado así, con sus palabras, a mí mismo. Su opinión siempre contaba, me daba una idea de lo que el «lector medio», ese cuya existencia desconozco, podría opinar si leyera mi libro. Y me hacía una composición de lugar sobre la legibilidad de mis cosas, su mayor o menor atractivo, su nivel literario. Ahora que estoy llegando al final de este texto me pregunto qué opinaría cuando lo leyera, si le gustaría o no. Claro que si pudiera hacerlo yo no lo habría escrito. Pero sé, en el fondo sé que le gustaría. Y aun se entusiasmaría a ratos con algunos pasajes, sin cargar las tintas, no fuera a creérmelo demasiado, y ante mis preguntas, tímidas pero encadenadas, curiosas, ¿Pero está bien?, ¿Te gusta?, ¿De verdad merece la pena?, asentiría diciéndome Tú sabes de

esto más que yo, y está bien, muy bien, me gusta, y me miraría como satisfecho y a la vez melancólico de que el polluelo ya sea pájaro y vuele solo, y lo haga alto, o al menos así lo pretenda, lo busque, lo intente.

CUANDO alrededor de las doce del mediodía del 12 de septiembre de 2012 dejaron el cadáver de mi padre instalado en la sala adjudicada del tanatorio de la SE-30 me di cuenta de que en la cartela anunciadora de su nombre colocada en la puerta había una pequeña errata. Habían olvidado la p inicial de su segundo apellido, decía Once en lugar de Ponce. Ha debido pasar un año, he tenido que ponerme a escribir este libro para caer en la cuenta de que esa misma letra era la que le faltaba a mis meses de septiembre hasta hace más o menos ese tiempo. Una simple casualidad, sin mayor significado, o quizá una buena muestra de que a veces el mundo está mejor rimado de lo que creemos. Bajé a recepción para que corrigieran el error. Al rato la cartela estaba rectificadas, su

nombre ya aparecía bien escrito. Pese a que uno sabe que antes o después ha de pasar, y así viene sucediendo desde la noche de los tiempos, pues es una de las más antiguas e inexorables normas de la vida, y así lo dicta el orden natural de las cosas, y por eso tampoco debería dolernos tanto, y cuando menos deberíamos estar preparados para su acaecimiento, me parecía mentira estar allí, leyendo su nombre escrito en la puerta de una sala del tanatorio, aún hoy me lo parece, tan vivo permanece, tantas veces me sorprendo como si estuviera hablando con él, escuchándolo, aún hoy no me acabo de creer que el nombre que estaba leyendo en aquel lugar fuera el suyo, Marcelo Romero Ponce. Mi padre.

Sevilla, verano de 2013

No, supongo que lloré de gratitud y sobre todo de asombro. El asombro porque los que aún estamos ya no estamos del todo y de que aún siguen estando los que ya no están.

Fernando Savater

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO, AL CUIDADO
DE JOSÉ MATEOS, EL MARTES
DÍA UNO DE DICIEMBRE
DE 2015, CONSTA LA EDI-
CIÓN DE 200 EJEMPLARES